

BAUDELAIRE Y NIETZSCHE DOS EXPRESIONES DEL NIHILISMO

RESUMEN

La noción de nihilismo, como destino de la cultura occidental moderna, es una de las ideas más importante del pensamiento de Nietzsche, comentado por Heidegger. Revisándola nos encontramos con muchos ecos de los poetas que de alguna manera expresaron también ese ambiente de época, donde el nihilismo de los distintos tipos, caracterizados por el filósofo alemán de la Voluntad de Saber, encontró formas simbólicas deleitables. Uno de los poetas más representativos, fue Baudelaire. En esta ponencia se realiza una interpretación alegórica de los poemas de Baudelaire, a la luz del concepto de nihilismo de inspiración nietzscheana y heideggeriana.

Palabras Clave: Nihilismo. Simbolismo. Voluntad de Saber. Decadencia

ARTÍCULO

Autora:
Prof(a). Sherline Chirinos*
schirinos2@gmail.com

INFACES

Facultad de Ciencias
Económicas y Sociales
Universidad de Carabobo
Valencia-Edo. Carabobo.
Venezuela

*Doctoranda en Ciencias Sociales, mención Estudios Culturales. MSc en Literatura Venezolana. Lic. En Educación, mención Lengua y Literatura (FACE-UC). Investigadora administrativa en la sub área de Estudios Culturales. Instituto de Investigaciones de la FACES.

BAUDELAIRE AND NIETZSCHE, TWO EXPRESSIONS OF NIHILISM

ABSTRACT

The notion of Nihilism as destiny of the modern Western culture, is one of the most important statements of Nietzsche's thinking, commented by Heidegger. A revision of such a notion permits to find many echoes of the poets who in a certain way, also expressed the mood and the atmosphere of the epoch in which the diverse types of Nihilism characterized by the German philosopher of the Will of Knowledge, found enjoyable symbolic forms. One of the most representative of these poets was Baudelaire. This article presents an allegorical interpretation of Baudelaire's poems based on the concept of Nihilism inspired by Nietzsche and Heidegger.

Key Words: Nihilism. Symbolism. Will of Knowledge. Decadence

Introducción

En este artículo pretendemos establecer una relación entre el pensamiento de Federico Nietzsche y la poética de Charles Baudelaire. La idea que servirá de vínculo es la del «nihilismo», uno de los planteamientos que sirven de eje a la filosofía nietzscheana; pero también una de las constantes que leemos en la poesía del francés, especialmente en la incluida en el su libro *Las Flores del Mal* (primera edición en francés 1961; se usará edición en español de 1994).

El nihilismo es una noción que puede rastrearse en el conjunto de la obra del filósofo alemán, pero resalta en el libro póstumo *La Voluntad de Saber* (primera edición 1901. manejaremos una edición en español de 1998), el cual fue comentado ampliamente por Martín Heidegger en su obra *Nietzsche* (2000), que reúne una serie de conferencias de Heidegger sobre la obra nietzscheana. De modo que leeremos y analizaremos los poemas de Baudelaire vinculándolos interpretativamente con las caracterizaciones sobre el nihilismo europeo hechas por Nietzsche y profundizadas por Heidegger.

Este vínculo entre poesía y filosofía, de naturaleza obviamente semántica, supone una interpretación ciertamente «alegórica» de los textos poéticos. Por «interpretación alegórica» (Grondin, 1999) entendemos, siguiendo ciertas indicaciones de la hermenéutica cristiana, que un texto significa otro texto, siendo éste último una re-escritura. En la tradición patristica, la interpretación alegórica era la que permitía arrojar la luz del Nuevo Testamento sobre el Viejo, simbolizando las circunstancias narradas en este último los eventos de la vida de Cristo.

Es decir, estableceremos un diálogo entre poesía y filosofía, como si la segunda comentara la primera, y ésta, la poesía, simbolizara el pensamiento filosófico y hasta metafísico. Pero también, sostenemos que ambos discursos se fundamentan en una misma actitud vital, que hallamos referida tanto en los filósofos como en el poeta. Se trata de una cierta «estructura de sentimientos» (R. Williams), «Mundo de Vida» (Weber) o «piso de creencias» (Ortega y Gasset), que también puede situarse históricamente en la segunda mitad del siglo XIX y hasta bien entrado el siglo XX, e incluso más allá, si aceptamos el aserto de que Nietzsche sirve de núcleo para la mayoría (por no decir la totalidad) de los pensadores denominados postmodernos.

Cada tipo de discurso, por supuesto, tiene sus propias posibilidades comprensivas. Pero, en esta oportunidad, nos encontramos con un filósofo, como Nietzsche, que se expresa en términos cercanos a los poéticos. Los símbolos, las metáforas, una retórica llena de imágenes y narraciones, aforismos y hasta versos, abundan en los escritos de Nietzsche. De modo que nos conseguiremos de pronto interpretando cómo un símbolo o una metáfora o una imagen, representa otros tantos símbolos, metáforas e imágenes.

La poesía de Baudelaire y el simbolismo

Para comprender el simbolismo francés de las últimas décadas del siglo XIX, hay que considerar que constituyó un fenómeno cultural que no se agotaba en un conjunto de planteamientos estéticos, sino que también tenía consecuencias en una forma de vida y en el hecho social.

Los antecedentes inmediatos de Baudelaire fueron, por supuesto, Verlaine y Rimbaud, quienes también, especialmente éste último, extendieron la poesía más allá de la escritura, hasta convertirla en una forma especial de vivir. La poesía se convierte en un camino para penetrar en las áreas más profundas del espíritu, donde se desarrolla su poder creativo autónomo, especialmente en el sueño, en la ensoñación, pero también en la vigilia, siempre que se esté pendiente del «desorden sistemático de los sentidos» como postuló en su momento Rimbaud. Los mitos y las creaciones fantásticas son revalorizados en su realidad psicológica, más allá de su presunta irrealidad desde un punto de vista positivista o racionalista. El poeta puede llegar a participar místicamente en las correspondencias entre su poesía y la naturaleza, intuyendo directamente la unidad del universo.

Raymond (1983), apunta lo siguiente:

Baudelaire, Mallarmé y Rimbaud habían elevado atrevidamente la poesía hasta un plano vital; habían hecho de ella una actividad trascendente; la

mayoría de sus discípulos – en muchos casos, y sin quererlo – la volvieron a poner en el plano literario (p 46)

Este vitalismo de Baudelaire se manifiesta en su propia vida, al convertirse en portador de la vida de los arrabales, de los sectores marginados de la sociedad parisina: prostitutas, borrachos, drogadictos, etc. La conciencia de la «decadencia», concepto polisémico que encontraremos también de manera privilegiada en los textos de Nietzsche, se convierte en estandarte de esta poesía vital.

La bohemia va constituyendo entonces un mundo aparte, doble inverso del mundo «burgués». De esta decadencia al «artepurismo» hay un solo punto. La moral se separa decididamente de lo estético. Los valores utilitarios de la burguesía se invierten completamente. Como apunta Pierre Bourdieu (1995), las obras más apreciadas son, precisamente un fracaso comercial. Se establece una jerarquía de los géneros literarios, de acuerdo con la siguiente relación: a mayor éxito comercial, menos valor estético. Por ello, la poesía, y especialmente la poesía dirigida a los mismos poetas, la élite especial que elevaba a virtud la propia ineptitud para la vida cotidiana, se ubicaba en el pináculo de las artes; mientras que el teatro, especialmente el dirigido a las masas, era el más despreciado en el «campo artístico».

La poesía, para Baudelaire, representa la aspiración del alma humana, a la Belleza Superior, alejada completamente de cualquier ánimo didactista. La naturaleza, para el poeta, es una fuente primordial de símbolos, signos e imágenes. Ellas le permiten al poeta acceder intuitivamente a la gran unidad del Todo. La imaginación tiene la libertad de atribuir a esas imágenes las más variadas significaciones. Es más, existe una correspondencia entre las percepciones de los distintos sentidos, los perfumes, los colores, los sonidos. Esto permite intuir la expansión de las cosas infinitas, impulsados por un deseo de Unidad de todas las cosas. Sólo el espíritu especial del poeta puede acceder al envés de las cosas, el Más Allá oculto entre el micro y el macrocosmos.

Tras la meditación, lo que se descubre ante el poeta es la «tenebrosa y profunda unidad»; le invade el presentimiento confuso de la participación de todas las cosas entre sí, de su correspondencia y de su armonía fundamental. Pero, por otra parte, afirma Raymond: (Ob. Cit).

Uno de los grandes méritos de Baudelaire consiste en haber hecho del paisaje urbano, de las casas, de las habitaciones, de los interiores, el objeto de su contemplación y haber percibido hasta en sus fealdades y disparidades analogías secretas con sus propias contradicciones. Entre

la multitud, ese vasto desierto de hombres, en las calles de la gran ciudad con fachadas de piedra y ladrillo, paseante solitario perdido en una naturaleza transformada, fabricada, desfigurada, le fue concedido a lo que él llama una «santa prostitución del alma» y elevarse hasta ese estado de «comunidad universal» donde el sujeto y el objeto se absorben mutuamente. (p20)

¿Qué es el nihilismo?

La década de los ochenta del siglo XIX, en Europa, fue también la de la conciencia de la decadencia y el nihilismo.

En esto, en percibir y caracterizar la nueva realidad cultural del Occidente, el pensador más agudo fue Federico Nietzsche. En toda su obra se nota una visión coherente de una suerte de «lógica» que se manifiesta, primero, en la decadencia, y luego en su expresión más auténtica: el nihilismo.

Nietzsche (1998), explica:

¿Qué significa el nihilismo? Que los valores supremos pierden validez. Falta la meta; falta la respuesta al «por qué» (...) El nihilismo radical es el convencimiento de la insostenibilidad de la existencia, cuando se trata de los valores más altos que se reconocen, añadiendo a esto la comprensión de que no tenemos el menor derecho a plantear un más allá o un en- sí de las cosas que sea «divino» que sea moral viva. Esta comprensión es una consecuencia de la veracidad altamente desarrollada, y por ello, incluso, una consecuencia de la creencia en la moral.(p33)

Cabe aquí distinguir dos planos de este nihilismo: el ontológico, que se refiere a la naturaleza del Ser, y el moral, que se refiere específicamente al hacer del hombre. Ambos planos se relacionan estrechamente, puesto que el valor, lo que le da sentido al actuar humano, es una modalidad del Ser. Para Nietzsche no existen hechos morales, sino interpretaciones morales de los hechos, debidos a la ilusión, a una historia fantástica, según la cual lo real tiene una intención o un sentido.

En el plano ontológico, hay una línea de reflexión de Nietzsche, presente en toda su obra, que viene siendo, en apreciación de Heidegger (cfr, Heidegger, 2000) la culminación de toda la metafísica occidental. Este nihilismo ontológico es el que se resume en la frase o metáfora «La muerte de Dios». Esto significa el desvanecimiento de toda Verdad situada en un Mundo aparte, el Mundo de las esencias platónicas o de las entelequias aristotélicas. Si, como aclara

Heidegger, «Valer es un modo de Ser»(Heidegger, 2000, p. 43), afirmar la negación de sentido de todos los valores, es una afirmación también metafísica, que es el conocimiento o pensamiento acerca del sentido de la totalidad del ente, de lo existente. El nihilismo no es simplemente la opinión de una persona o un filósofo, por más brillante que sea, sino «la resonancia de la aún no reconocida historia del ser en la palabra del hombre histórico en habla como su lenguaje» (Heidegger, Ob. Cit. p. 43)

El nihilismo proviene de la decepción de las formas de interpretación de los valores de la existencia. Esto lo ilustra Nietzsche cuando se refiere al «desmoronamiento de los valores cosmológicos», entendiéndose por Cosmos aquí el Mundo, es decir, la reunión de Naturaleza, Hombre y Espíritu.

Las tres grandes categorías interpretativas del Cosmos son, una, el *sentido*, la creencia en que el devenir del Mundo tiene una meta, una finalidad, una teleología. Al decepcionarse el hombre con el *sentido*, se procura una primera especie de nihilismo.

El nihilismo es, entonces, la consciencia de un largo despilfarro de fuerzas, la tortura del en vano, la inseguridad, la falta de oportunidad para rehacerse de alguna manera, de tranquilizarse todavía con cualquier cosa; la vergüenza de sí mismo, como si uno se hubiera mentido a sí mismo demasiado tiempo (Nietzsche, Ob. Cit.: p. 36)

La segunda categoría interpretativa del Cosmos con que se decepciona el Hombre, es la de la «Unidad», la Totalidad. Esa Totalidad le da sentido y valor a la presencia humana, a cualquier sacrificio, puesto que se participa en una realidad superior, integral, una conexión y dependencia mutua de todas las partes de un Todo, donde el individuo pueda sumergirse. Pero «no existe tal totalidad», clama Nietzsche.

Queda entonces «como subterfugio», imaginarse que todo el devenir del Cosmos es sólo una apariencia engañosa e inventar un Mundo Otro, más allá de este, un mundo «verdadero». Pero el hombre también se da cuenta de que ese mundo del Más Allá, Verdadero, es sólo una construcción motivada a una necesidad psicológica, surge la última forma de nihilismo «Las categorías «fin», «unidad», «ser», con las cuales hemos atribuido un valor al mundo, son desechadas de nuevo por nosotros, ahora el mundo aparece como falto de valor» (Nietzsche, Ob. Cit.:p 37)

Pero hay dos modalidades de nihilismo para Nietzsche: puede ser, por una parte, signo de un creciente poder del espíritu; pero, por otra parte, puede manifestar una decadencia y un retroceso del poder del espíritu: un nihilismo

pasivo. Aquél, es activo; se regocija ante el derrumbamiento de todos los valores y contribuye él mismo, con un pensamiento duro, contundente, de martillo, a destrozar y demoler esos antiguos valores. El otro, el decadente, el fatigado, la síntesis de los sentidos y valores se disuelve y los valores aislados se hacen la guerra entre sí. En este último caso, dice Nietzsche, «todo lo que refresca, cura, tranquiliza, aturde, pase a primer plano bajo diferentes disfraces: religiosos, morales, políticos, estéticos, etc.» (Nietzsche, Ob. Cit: p. 42).

En cambio, el nihilismo activo es expresión de una naturaleza fuerte. Trata de convertir en nada por el pensamiento y, después, por la acción. No se trata de preguntarse si se está bien o mal. Las «naturalezas vigorosas» no vacilan en «hacer víctimas humanas, arrostrar todos los peligros, tomar sobre nosotros mismos todo lo malo, todo lo peor... la gran pasión» (Nietzsche, Ob. Cit.: p 48).

Heidegger(2000), en su comentario sobre el texto de Nietzsche, establece la conexión entre los puntos clave de su filosofía: nihilismo, transmutación de todos los valores, voluntad de poder, eterno retorno y superhombre. El nihilismo activo no se queda en la pérdida de sentido de todos los valores válidos hasta el momento, sino que va más allá, hacia la intuición y la construcción de otros valores; pero más allá, se marcha hacia otras bases del valor. La metafísica comienza a ser pensamiento de los valores. Se erradican los valores basados en lo suprasensible, lo Ideal, el Más Allá, lo Verdadero. Ello implica, para Heidegger, que se fundan los valores en otra metafísica, la de la Voluntad de Poder. Aclara Heidegger (2000:p 38)

Con este concepto no sólo está delimitando que es el ente en su ser (...) Voluntad de Poder nunca significa sólo un romántico desear y aspirar a la toma del poder por parte de lo que carece aún de él, sino que voluntad de poder significa: el darse poder del poder para su propio sobrepotenciamiento (...) el poder y sólo él pone los valores, los mantiene en vigencia y es el único en decidir sobre la posible justificación de una posición de valores (...) Pero el poder sólo es poder como acrecentamiento del poder

En este contexto, la expresión filosófica «eterno retorno de lo mismo» expresa esa acción del poder sobre sí mismo, ese acrecentamiento, el «cómo el ente de tal esencia tiene que ser en su totalidad» (Idem.: 38). El poder como esencia vuelve sobre sí y retorna constantemente. El eterno retorno, como metáfora o concepto, desplaza al de devenir, derruido porque ya no tiene sentido.

Si el ente, cuyo ser es Voluntad de Poder, vuelve sobre sí mismo en su acrecentamiento, en su eterno retorno, se hace necesaria una nueva posición del Hombre o una nueva dimensión del Hombre: este es el Superhombre. Este

es el que asume la tarea de forjar los nuevos valores en el nuevo terreno metafísico.

«El *superhombre* es la figura suprema de la más pura voluntad de poder, es decir, del único valor. El *superhombre*, el dominio incondicionado del puro poder, es el sentido (la meta) de lo único que, es decir, de *la tierra* (en contraposición al Cielo, al Más Allá, a lo Ideal). No la *Humanidad*, sino el *superhombre* es la meta», cita Heidegger a Nietzsche.

El nihilismo en la poesía de Baudelaire

Creemos encontrar en la poesía de Baudelaire, rasgos de esta época de nihilismo. Leamos, por ejemplo, uno de los Spleen de **Las flores del mal**:

Spleen

*Cuando el cielo, plumizo como una losa, oprime
Al gemebundo espíritu, presa de hastío inmenso,
y abarcando la curva total del horizonte
nos vuelca un día oscuro más triste que las noches;*

*Cuando en fría mazmorra la tierra se convierte,
Y la Esperanza como un siniestro murciélago
Va rozando los muros con sus tímidas alas,
Golpeándose la testa en los techos podridos;*

*Cuando la lluvia extiende sus inmensos regueros
Que imitan los barrotes de una vasta prisión
Y todo un pueblo mudo de asquerosas arañas
Del cerebro en el fondo sus hilos va tejiendo*

*Hay campanas que saltan, de repente, furiosas
Y hacia el cielo levantan un horrible alarido,
Cual si fuesen espíritus errantes y sin patria
Que gemir se entregaran incansablemente*

*Y fúnebres carrozas, sin tambores ni música,
cruzan con paso lento por mi alma; la Esperanza
Derrotada solloza y la Angustia despótica,
En mi cráneo vencido iza su negra enseña.*

La lluvia y la noche son las atmósferas propicias para ubicar un conjunto de sentimientos negativos y decadentes. La mente y el ambiente se representan mutuamente, establecen correspondencias poéticas. Los chorros de agua de

la lluvia se tornan barrotes. Las arañas, inmundos animalitos, tejen asquerosas telas en la mente. La sensación opresiva de una cárcel, las campanas adquieren el aspecto de sufrientes o terribles criaturas. El alma se trasmuta en un recinto fúnebre, donde penetran las carrozas fúnebres.

Las imágenes son oscuras y denotan cansancio emocional, hastío vital y la pérdida de los valores, tales como la Esperanza. No hay verdad: es la decadencia, la pérdida de todo futuro. Lo único seguro es la muerte.

Pudiera interpretarse que acá está representado lo que Nietzsche llamó nihilismo decadente o pasivo, la decadencia como expresión de agotamiento, de debilidad. Los gemidos, la tristeza, el asco, la angustia, todas estas manifestaciones emocionales negativas, crean un ambiente opresivo. La Esperanza es un murciélago, oscuro, feo; lo opuesto de la paloma blanca. La tierra se convierte en oscura mazmorra. Pareciera añorarse la Muerte. Todo el poema manifiesta ese espíritu cansado, agotado, enfermo, decadente.

Pero también se encuentra en este bello poemario, expresiones que corresponden al otro talante, descrito por Nietzsche: el del nihilismo activo, de Naturaleza fuerte, que se satisface en la negación o muerte de Dios. Leamos, por ejemplo, «La negación de San Pedro»

La negación de San Pedro

*Por cierto, ¿qué hace Dios de esa ola de anatemas,
Que asciende día a día hasta sus serafines?
Como un tirano ahito de viandas y de vinos,
Al dulce son de nuestras blasfemias se adormece.*

*Las quejas de los mártires y de los torturados
Son una sinfonía embriagante sin duda
Ya que pese a la sangre que cuesta su deleite
Hasta el día ¡los cielos no se encuentran saciados!*

*Jesús ¡ya te olvidaste de la noche del Huerto!
En tu simplicidad rezaste arrodillado
A aquél que, allá en las alturas, reía los martillazos
Con que innobles verdugos taladraban tu carne.*

*Cuando en tu roto cuerpo, el peso inaguantable
Tus brazos distendidos tensaba y tu sangre
Y cuando al fin sentiste las espinas hundiéndose
En tu cabeza, asilo de la Humanidad toda*

*¿Recordabas los días tan brillantes y puros
En que a cumplir la eterna promesa tú llegaste,
Cuando andabas, a lomos de una mansa pollina,
Los caminos trezados de ramajes y flores,
Cuando el corazón lleno de esperanza y valor,
Vigoroso azotabas a los viles tenderos?
¿Cuándo fuiste maestro? ¿quizás el remordimiento
No penetró en tu flanco más hondo que la lanza?
En cuanto a mí, es seguro que saldré satisfecho
De un mundo en que la acción no es gemela del sueño;
¡Pueda usar de la espada y perecer por ella!
San Pedro renegó de Jesús... ¡hizo bien!*

En este poema, Baudelaire expresa el desprecio hacia la mansedumbre que trasunta de la imagen del Cristo. Este poema puede muy bien, colocarse en diálogo con todo el motivo anticristiano que es una constante nietzscheana, resumida especialmente en el libro **El Anticristo**. Allí Nietzsche emprendió la crítica al fatalismo que trasunta de la imagen del Nazareno, contrastada con la personalidad del sacerdote, representada por Pablo, quien persigue y oprime todos los impulsos sanos de la vida, en un retorcimiento siniestro de la Voluntad de Poder.

El poeta prefiere la reacción vigorosa de Pedro cuando sacó su espada y cortó la oreja del soldado que intentaba detener a su maestro. Confronta la conformidad con el sacrificio, a otras actitudes combativas de Jesús, como la expulsión de los comerciantes del Templo de Jerusalem. Luego, Pedro negó tres veces a Cristo, y le parece bien al poeta, porque Jesús es incapaz de rebelarse frente a la actitud despótica de ese dios que exige sacrificios, que con satisfacción cruel y sádica, disfruta del sufrimiento de los mártires. En esto coincide Baudelaire con Nietzsche, en despreciar esa mansedumbre, esa negación a vivir, a luchar, de esa imagen cristiana que, para ambos, poeta y filósofo, representa una humanidad agotada, decadente, que no asume el nihilismo, que no es capaz de forjar los nuevos valores en una época de pérdida de sentido de todo valor. Ante el nihilismo pasivo de ese Cristo que acepta el sacrificio ingenuamente, que da la otra mejilla, que no se rebela, el poeta prefiere el nihilismo activo de la negación de Pedro y su espada.

Otro poema donde se expresa una variante del nihilismo es el titulado:

Al Lector

*Afanan nuestras almas, nuestros cuerpos socavan
Y, como los mendigos alimentan sus piojos,
La mezquindad, la culpa, la estulticia, el error;
Nuestros remordimientos, complacientes nutrimos.*

*Tercos en los pecados, laxos en los propósitos,
Creces nos hacemos pagar lo confesado
Y tornamos alegres al lodoso camino
Creyendo, en viles lágrimas, enjugar nuestras faltas.*

*En la almohada del mal, es Satán Trimegisto
Quien con paciencia acuna nuestro arrobado espíritu
Y el precioso metal de nuestra voluntad,
Integro se evapora por obra de ese alquímico.*

*¡A los objetos sórdidos les hallamos encanto
E, impávidos, rodeados de tinieblas hediondas,
Bajamos hacia el Orco un diario escalón.*

*Igual al disoluto que besa y mordisquea
El lacerado seno de una vieja ramera,
Si una ocasión se ofrece de placer clandestino
La exprimimos a fondo como seca naranja.*

*Denso y hormigueante, como un millón de helmintos
Un pueblo de demonios danza en nuestras cabezas
Y, cuando respiramos, la Muerte, en los pulmones
Desciende, río invisible, con apagado llanto.*

*Si el veneno, el puñal, el incendio, el estupro,
No adornaron aun con sus raros dibujos
El banal cañamazo de nuestra pobre suerte
Es porque nuestro espíritu no fue bastante osado.*

*Más, entre los chacales, las panteras, los linceos,
Los simios, las serpientes, escorpiones y buitres,
Los aulladores monstruos, silbantes y rampantes,
En la, de nuestros vicios, infernal mezcolanza*

*¡Hay uno más malvado, más lóbrego e inmundo!
Sin que haga fea muecas ni lance toscos gritos
Convertiría, con gusto, a la tierra en escombros
Y, en medio de un bostezo, devoraría al Orbe;*

*¡Es el tedio! - Anegado de un llanto involuntario,
Imagina cadalsos, mientras fuma su yerba.
Lector, tú bien conoces al delicado monstruo,
- ¡Hipócrita lector - mi prójimo - mi hermano!*

En este poema el escritor habla de la decadencia del hombre, de sus defectos, de sus debilidades y pecados. El lamento viene por la mezquindad, la culpa, la estulticia y el error, la recurrencia a la figura del diablo es la evidencia de lo oscuro del hombre, que trata de parecer bueno impostando valores.

Se evidencian todas las debilidades humanas, que pretendemos limpiar con falsos remordimientos y acercamientos a Dios. Al final nos vence lo inevitable: el tedio de ser lo que somos. El tedio resulta ser el más malvado, el peor de los vicios; pero también es el pecado que hermana el poeta con el lector. Compartir los pecados posibilita la proximidad y la hermandad. Hay aquí, justo al final del poema, una inversión de los valores, que reinterpreta en clave irónica el supuesto lamento por la propia condición pecadora. Es precisamente el pecado lo que se reivindica.

La voluntad queda a expensas de los valores materiales que laxan todo propósito de construir o destruir. Aunque también se expresa un nihilismo activo que afirma su poder en el acto de transmutar los valores.

Refugiarse en la religión es una actitud hipócrita, se demuestra la falta de voluntad y la necia creencia de la redención final sin importar lo que hagas siempre y cuando creas en Dios. El pecador poeta rompe la hipocresía asumiendo su condición y , más allá, convirtiéndola en base de una nueva comunidad.

La presencia del diablo es la imagen más significativa en el poema. Es el resumen de lo que somos realmente los hombres aunque digamos que creemos en Dios y tratemos de cumplir con lo que supuestamente es moral y éticamente aceptable. Al final se sugiere un ambiguo cariño hacia esos demonios que nos acunan el sueño como un amoroso padre. La inversión se completa. La franqueza del pecador disuelve la hipocresía.

Otro poema donde se manifiesta la inversión de los valores morales y religiosos con la fuerza de un nihilismo activo, es el titulado *EL REBELDE*:

*Un ángel fiero cae del cielo como un águila,
Empuña los cabellos del hombre descreído
Y grita, sacudiéndolo ¡La ley acatarás!
(Porque soy tu Ángel bueno, ¿comprendes?) ¡Y lo quiero!*

*Entiende que hay que amar, sin hacer remilgos,
Al pobre, al contrahecho, al malo, al infeliz,
Para que cuando pase Jesús, puedas hacerle
Una triunfal alfombra de caridad tejida.*

*¡El Amor es así! Y antes que tu alma ceda,
En la gloria de Dios avivarás tus éxtasis:
¡Tales son los Deleites de atractivos durables!*

*Y el Ángel, que castiga con vigor a quien ama,
Con sus puños enormes tortura al anatema;
Mas el réprobo siempre le responde: ¡No quiero!*

De nuevo el poeta se enfrenta a lo que, desde su perspectiva, es la imposición arbitraria y violenta de los valores cristianos. Valores que llegan desde el cielo, como el águila, en la figura de un ángel temible, duro y vigoroso. Pero frente a la tortura del ángel, el réprobo reacciona y se coloca como el héroe de la breve anécdota poética.

El nihilismo activo, aquí manifiesto, entra en una pugna de poder cuya resolución es la determinación de lo bueno y lo malo. La asignación de estos valores será el resultado del forcejeo entre el ser celeste, el ángel, y el hombre réprobo que en su propia rebelión encuentra la fuerza para invertir los valores

A modo de conclusión provisional

Esta lectura alegórica de los poemas de Baudelaire, debiera completarse con un estudio más extenso de su vida, de su propuesta existencial. Llama la atención que Baudelaire es cercano a Nietzsche también por su época: la década de los ochenta del siglo XIX.

Es ésta la década, especialmente desde 1885, cuando Baudelaire adquiere mayor notoriedad. En ese año, Nietzsche ha culminado la que es considerada la obra de su madurez: *Así Hablaba Zaratustra*. De hecho, en sus obras subsiguientes (*Más allá del bien y del mal*, *El crepúsculo de los dioses*, etc.) el filósofo comenta a los poetas decadentes y el movimiento del Arte por el Arte. Recuértese que **Las flores del mal** es editado en su totalidad en 1861, después de superar censuras y hasta multas por «atentados contra la moral» (cfr., Raymond, Ob. Cit: p 12.)

De tal manera, que sí pudiera fundamentarse, en un estudio más acabado que éste, la sintonía espiritual entre el poeta del mal y el filósofo de la Voluntad de Poder, Nietzsche empleó masivamente los recursos de los símbolos y las

metáforas para expresar sus intuiciones filosóficas, inaugurando un estilo de pensamiento que contrastaba con las grandes arquitecturas conceptuales o grandes sistemas filosóficos de Kant, Hegel y el propio Schopenhauer. Prefirió el aforismo, el epigrama, los versos, los símbolos, las imágenes y las narraciones poéticas, para expresar sus grandes visiones del fin de la metafísica occidental, y anunciar el tiempo del nihilismo activo, que es, según su visión, el que vivimos hoy en plena postmodernidad.

Valga el presente artículo como un incipiente y modesto intento de acercamiento a una lectura filosófica de Baudelaire.

BIBLIOGRAFIA

- Baudelaire, Charles (1994) *Las flores del mal*. Bogotá. Colombia: Oveja Negra Editores
- Bourdieu, Pierre (1995) *Las reglas del arte. Génesis y estructura del campo literario*. Barcelona. España: Editorial Anagrama.
- Gromdin, Jean (1999) *Introducción a la hermenéutica filosófica*. Barcelona. España: Herder ediciones.
- Heidegger, Martín (2000) *Nietzsche. (Tomo dos)*. Bogotá. Colombia: Ediciones Destino
- Raymond, Marcel (1983) *De Baudelaire al surrealismo*. México: Fondo de Cultura Económica.
- Nietzsche, Federico (1998) *La voluntad de Poderío*. México: Ediciones Biblioteca Edad.